

ron; pero apenas habían sido desarmados, cuando su escolta les declaró prisioneros, los condujo á Tuy, les maltrató, les saqueó y les entregó á un destacamento francés que acababa de llegar. Conducidos después á Bayona y encausados por haber hecho armas contra Francia, la tercera parte de ellos fueron eliminados de la causa después de una sumaria que duró varios meses, y las dos terceras partes restantes comparecieron, el 24 de junio de 1824, ante la Audiencia del Alto Garona, que les absolvió libremente.

El general Bourke, después de la infructuosa tentativa del 15 de julio para sorprender á La Coruña, bloqueó esta plaza y ofreció á Quiroga una capitulación que fué desechada. El Ferrol acababa de rendirse al general Huber; Orense y Vigo no habían tardado en abrir sus puertas al invasor; La Coruña era la única plaza de aquel extremo de la Península en que aún flotaba la bandera de la revolución. La extensión y la solidez de sus fortificaciones obligaron al conde Bourke á sitiarla en regla y á sacar del arsenal del Ferrol la artillería de grueso calibre necesaria para las baterías de brecha. A pesar del fuego de estas baterías y de la multiplicidad de los ataques, la energía de la guarnición y de su jefe, el general Novella, á quien Quiroga había cedido el mando para ir á Inglaterra y de allí á Cádiz, prolongó la defensa un mes. El 15 de agosto, Novella consintió al fin en capitular. La rendición de La Coruña completaba la sumisión del Noroeste de España.

Igual éxito había obtenido el conde Molitor en el Mediodía. Entró en Valencia el 13 de junio; su vanguardia, compuesta de la brigada Bonnemains, salió el día siguiente en persecución de Ballesteros, alcanzándole en Alcira. Viéndose acosado, Ballesteros se corrió hasta Murcia, y de Murcia hasta Granada. La brigada Bonnemains tomó por asalto á Lorca, acción que abrió á Molitor la puerta del reino de Granada. Ballesteros no paró tampoco en la capital de este nombre; no atreviéndose á marchar hacia Cádiz ó Sevilla, por temor de tropezar con las tropas de Bordesouille y Bourmont, y esperando de día en día la conclusión definitiva de un tratado convenido semanas atrás entre él y el general Molitor, pero cuyas estipulaciones pecuniarias y secretas había tenido que someter este último al generalísimo, se lanzó á las montañas que separan Granada de Jaén y se mantuvo equidistante de estas dos ciudades, en la cordillera que tiene por punto central el pueblo de Campillo de Arenas. Esperaba ganar allí el tiempo necesario para la ratificación de su convenio; pero los soldados franceses, deseosos de tener al fin un encuentro que se les escapaba hacía tres meses, no perdían sus huellas, y, el 28 de julio, las dos divisiones de infantería Loverdo y Pelleport y la división de caballería Domón sorprendieron á Ballesteros en este nuevo descanso. Obligado á defenderse, éste escalonó sus 12.000 hombres en diversas posiciones, de las cuales fueron desalojados con 400 ó 500 bajas y 300 prisioneros. Por su parte, los invasores tuvieron 14 muertos y 40 heridos en este combate, que fué el más reñido de la campaña.

El mismo día de este encuentro, el duque de Angulema salió de Madrid, después de haber aprobado las condiciones secretas que Ballesteros ponía á su sumisión. Este general recibía, en pago de su defección, una

cantidad suficiente para ponerlo al abrigo de toda contingencia. Respecto á sus tropas, un convenio público fechado en 4 de agosto, seis días después del combate de Campillo, les garantizaba las ventajas siguientes: los generales, jefes y oficiales conservaban sus grados, empleos, honores y sueldos; ningún oficial, soldado ó empleado del ejército, ni ninguno de los milicianos que lo acompañaban podrían ser perseguidos ni molestados por sus opiniones ó por actos políticos anteriores al convenio; en fin, á todos se les garantizaba protección y seguridad. Con arreglo al artículo 2.º, Ballesteros se obligaba á transmitir á todos los jefes de cuerpo ó gobernadores de plaza que estuvieran bajo su mando la orden de reconocer á la Regencia de Madrid. Esta orden fué inmediatamente enviada á los interesados; los gobernadores de Alicante y Cartagena se negaron á obedecer; y los regimientos que habían capitulado fueron acantonados á unas cuantas leguas de Jaén, en Cazorra, Ubeda y otras villas situadas en las márgenes del Guadalquivir. Después de haber tomado estas disposiciones, el general Molitor destacó de su cuerpo de ejército varios regimientos que fueron á reforzar las tropas ocupadas en el bloqueo de Cádiz.

Cuando el duque de Angulema, libre de inquietudes por lo que afectaba á los dos cuerpos de ejército mandados por Morillo y Ballesteros, salió el 28 de julio de la capital de España, la causa constitucional era aún defendida con vigor por las guarniciones de Santoña, San Sebastián, Pamplona, Ciudad Rodrigo, Badajoz, Cartagena y Alicante; por el ejército de Cataluña, cuyo general en jefe, Mina, sostenía entonces contra las tropas del 4.º cuerpo de ejército francés una lucha de que luego se hablará; y, finalmente, en Cádiz, por las Cortes, que, apoyadas en el nombre del rey, cuya firma sancionaba todos sus actos, y protegidas por tropas numerosas y adictas, podían desafiar largo tiempo, como sus antecesores de 1812, todos los esfuerzos de los soldados franceses. La revolución no estaba vencida mientras Cádiz quedase en pie; rendida Cádiz, terminaba inmediatamente la campaña. Pero esta rendición era dudosa, ó al menos resultaba muy remota si la resistencia de las Cortes se prolongaba hasta el otoño y los barcos franceses se veían obligados á levantar el bloqueo de la isla de León y á permanecer retirados de aquella costa durante el invierno. El generalísimo hubiera querido imprimir, pues, con su presencia, nueva actividad á las operaciones del sitio y provocar con su intervención personal negociaciones que precipitasen la toma de la plaza. El duque llevaba consigo los regimientos de la guardia. A pesar de los grandes calores que reinaban, las tropas no sufrieron mucho. Se ponían diariamente en marcha á las dos de la madrugada y se detenían á las diez para no volver á continuar su camino hasta la noche siguiente. De este modo atravesaron sin fatiga las llanuras de la Mancha y las alturas escarpadas de Sierra Morena. El 5 de agosto el príncipe entró en Andalucía, y el 7 se detuvo en Andújar, donde publicó un bando en circunstancias que conviene explicar.

Los absolutistas soportaban con impaciencia el orden mantenido por las tropas en sus guarniciones y en sus acantonamientos, así como su oposición á las venganzas que querían tomarse contra los constitucionales. La

suspensión de los poderes de Fernando y la retirada de las Cortes á Cádiz exaltaron sus iras y dieron lugar á demostraciones políticas que en toda la Península se convirtieron en escenas del más espantoso desorden, como tumultos, prisiones, saqueos y asesinatos. Guadalupe, Alcalá, Toledo, Bilbao, Zaragoza sobre todo, fueron teatro de odiosos excesos y de abominables crímenes. La presencia del generalísimo en Madrid reprimió la primera exasperación de los realistas, pero su salida fué la señal de las persecuciones. Mientras las autoridades subalternas llenaban las cárceles; mientras la Regencia decretaba el procesamiento, como criminales de lesa majestad, de todos los miembros de las Cortes de Sevilla y declaraba destituidos de sus empleos, sueldos y honores, á todos los individuos que, desde el 7 de marzo de 1820, hubiesen formado parte de la milicia nacional ó de cualquier sociedad política secreta, numerosas turbas de hombres, mujeres y niños, recorrían las calles profiriendo amenazas contra los constitucionales; amenazas de saqueo y muerte que se hubiesen realizado sin la actitud enérgica del duque de Reggio. Este mariscal, que se había quedado en Madrid con 3.200 hombres y 14 piezas de artillería, declaró que no toleraría ninguna tentativa de desorden y que, si era menester, la reprimiría á cañonazos.

Estas noticias, reproducidas en todos los despachos transmitidos desde los puntos más opuestos de la Península al cuartel general, impresionaron vivamente al generalísimo; este príncipe había entrado en España para poner término, según dijo, á la anarquía y á las proscripciones, y en todas partes el triunfo de la causa realista era señalado por prisiones, proscripciones y la más sangrienta de las anarquías. Por otra parte, el mayor general hacía observar que el honor del príncipe y de la Francia no era el único interesado en el respeto de las garantías aseguradas á los oficiales, soldados y milicianos comprendidos en las capitulaciones concluidas, muchos de los cuales, con menosprecio de estas capitulaciones, habían sido presos al llegar á sus casas; añadía que semejante violación de los compromisos contraídos por los generales franceses podría, no sólo hacer tomar de nuevo las armas á muchos soldados que las habían depuesto, sino imposibilitar en adelante todo convenio con las tropas, guarniciones y partidas que en Cádiz, Cataluña y otras provincias sostenían aún la causa de la revolución. Estas consideraciones dictaron al príncipe la orden conocida con el nombre de *ordenanza de Andújar*, fechada en 8 de agosto y concebida en estos términos:

ARTÍCULO PRIMERO. *Las autoridades españolas no podrán operar ningún arresto sin la autorización del comandante de nuestras tropas en cuyo distrito se encuentren.*

ART. 2.º *Los comandantes en jefe de los cuerpos de nuestro ejército harán poner en libertad á todos los que hayan sido detenidos arbitrariamente y por causas políticas, principalmente los milicianos que volvían á sus casas.*

ART. 3.º *Los mismos comandantes están autorizados para hacer prender á todo el que contraviniera á la presente orden.*

ART. 4.º *Todos los periódicos y periodistas quedan bajo la vigilancia de los comandantes de nuestras tropas.*

Esta orden, que había de ser una promesa vana, ale-

gró tanto al ejército francés como á los constitucionales españoles. Después de haber creído poner coto á una reacción odiosa, el duque de Angulema continuó su marcha y llegó al puerto de Santa María el 16 de agosto, veinte días después de su salida de Madrid y cuando hacía seis semanas que los generales Bordesouille y Bourmont habían empezado el bloqueo de la isla de León y de Cádiz.

El día siguiente, el duque escribió á Fernando una carta que uno de sus ayudantes llevó como parlamentario, y en la cual manifestaba, en nombre de Luis XVIII, el deseo de que el rey, una vez que hubiese recobrado la libertad, «concediese una amnistía necesaria después de tantos trastornos, y diese á sus pueblos, mediante la convocatoria de las antiguas Cortes, garantías de orden, de justicia y de buena administración.» «Todo cuanto Francia, sus aliados y toda Europa puedan hacer para consolidar este acto de prudencia, añadía el duque, se hará; no temo responder de ello.» El generalísimo terminaba anunciando que «si dentro de cinco días no había recibido una respuesta satisfactoria y si Fernando no era puesto en libertad, apelaría á la fuerza para libertarlo.»

Fernando contestó, el 21, en una carta de su puño y letra, «que, por una circunstancia asaz extraordinaria, aquella proposición era la primera que se le había hecho desde que las tropas francesas habían invadido su reino, es decir, desde hacía seis meses; que nunca se había visto privado de libertad; que el medio más seguro de proporcionársela era dejar al pueblo español en posesión de la suya, y respetar su independencia y sus derechos; y que si, á pesar de esta declaración, se apelaba á la fuerza bajo el pretexto insinuado por el generalísimo, la sangre vertida caería sobre este último, como asimismo la responsabilidad de todos los males que semejante atropello ocasionase á su persona y á su familia.»

Esta contestación, escrita evidentemente por Fernando bajo el dictado de sus ministros, probaba la firme resolución de las Cortes de defenderse; resolución que le inspiraban la resistencia de la mayor parte de las principales plazas fuertes de la Península, la situación de Cataluña, donde la lucha se mantenía más viva y ardiente que nunca, y sobre todo un plan que el general Riego acababa de concebir para obligar á los franceses á levantar el sitio de Cádiz; plan lleno de audacia, basado en la diseminación de las tropas invasoras y que ya estaba en vías de ejecución.

Las fuerzas que habían quedado á las órdenes del conde Molitor no le permitieron ocupar á Málaga ni otros puertos de la costa comprendida entre la frontera de Cataluña y Gibraltar; este general se limitaba á observar las fuertes guarniciones de Alicante y Cartagena, y á vigilar á los regimientos, todavía numerosos, que quedaban al mando de Ballesteros. Riego había propuesto salir de Cádiz, unir á todos los destacamentos constitucionales que aún estaban sobre las armas en Málaga y en las demás poblaciones donde no habían entrado los franceses, ponerse al frente de aquellos destacamentos en medio de los acantonamientos de Ballesteros, sublevar á los soldados de este general, llamar igualmente á las tropas diseminadas por Extremadura bajo las órdenes de Palanca y del Empeinado, y colocarse luego con todas estas fuerzas, que podían elevar-

se á unos 20.000 hombres, en la doble línea del Guadalquivir y de Sierra Morena, á fin de aislar al ejército sitiador en sus acantonamientos, cortar toda comunicación entre ella y Madrid, y obligar á los generales Bordesouille y Bourmont á volver grupas para abrirse el camino de la capital del reino. La proposición había sido aceptada y se habían dado todos los poderes necesarios á Riego, que ya se encontraba lejos de Cádiz cuando el duque de Angulema llegó á la vista de esta plaza.

Un falucho que escapó fácilmente al crucero francés condujo á Riego á Gibraltar. Pocas horas después de haber llegado á este puerto, el audaz general español se embarcó para Málaga, donde desembarcó el 17 de agosto. Allí se encontraba Zayas con 3.000 hombres. Hacía tiempo que este general inspiraba justos recelos á las Cortes. Riego le hizo embarcar para la isla de León, tomó el mando de la guarnición y de la ciudad, reunió todos los recursos que pudieron proporcionarle los erarios públicos y los metales preciosos de las iglesias, dispuso un considerable convoy de numerario, víveres y municiones, cuya partida para Cádiz vigiló en persona; sabedor, el 3 de septiembre, de que el general Molitor acababa de enviar contra él, por dos caminos diferentes, á los generales Bonnemains y Loverdo, Riego se puso en marcha otra vez, dejando en Málaga una insuficiente guarnición de 500 hombres que se rindieron, el día siguiente, al general Loverdo. Para evitar el encuentro de este último, Riego había seguido la orilla del mar hacia Motril; había llegado á Nerja, cuando la aproximación del general Bonnemains, que maniobraba á su derecha, le obligó á retroceder y meterse en las Alpujarras, donde jamás había osado penetrar ningún ejército. Después de tres días de una marcha penosísima, pudo Riego llegar á la vertiente opuesta á la costa y penetrar en el llano de Granada, cuatro leguas más abajo de esta ciudad. Pasó el Jenil y se dirigió hacia Montefrío, donde le alcanzó un regimiento de cazadores de caballería destacado de Granada en su persecución, á las órdenes del general Saint-Chamans, que en vano trató de detener la marcha de la columna española; Riego rechazó todos los ataques de la caballería francesa, continuó su camino hacia los acantonamientos del antiguo ejército de operación, y el 10 de septiembre, al amanecer, llegó por fin á Priego, límite extremo de estos acantonamientos y cuartel general de Ballesteros. Este último pone sobre las armas á los regimientos que le rodean y manda hacer fuego. Varios oficiales y un teniente coronel de la columna caen mortalmente heridos. Pero, de pronto, los soldados de Riego, á una señal de su jefe, bajan las armas, arrojan al aire sus morriones, y gritando *¡unión!*, *¡viva Riego!*, *¡viva Ballesteros!*, *¡viva la Constitución!*, avanzan hacia los soldados de Ballesteros. Estos cesan de hacer fuego y pronto ambas tropas se confunden y abrazan; el mismo Ballesteros se echa en brazos de Riego, que le ruega, en nombre de la España invadida y del honor nacional ultrajado, que una sus fuerzas á las suyas para rechazar á los invasores. Riego hace más: ofrece á Ballesteros el mando de sus tropas y de todas las fuerzas que se encuentran en Andalucía y Extremadura, y le propone servir á sus órdenes, aunque sea como simple ayudante. Ballesteros contesta que quiere consultar á sus principa-

les jefes y, mientras procura reunirlos, convida á Riego á comer. Durante la comida parece reinar la mejor inteligencia entre ambos generales; pero en tanto que prodigaba atenciones á su convidado, Ballesteros hacía alejar á sus tropas á fin de que no estuvieran en contacto con los soldados de Riego. Este lo advierte, acusa á Ballesteros de desleal y le declara prisionero. Este acto de audacia impresiona á los generales comprendidos en la capitulación del 4 de agosto; uno de ellos, el general Balanzat, amenaza con acudir al frente de su división á libertar á Ballesteros; lejos de mostrarse asustado, Riego anuncia la intención de marchar inmediatamente contra Balanzat; pero en aquel momento le notifican que los generales Bonnemains, Valín y Foissac-Latour maniobran para envolverlo. Demasiado débil para resistir á aquellas fuerzas reunidas, privado del tiempo necesario para presentarse en medio de las divisiones que Ballesteros ha hecho alejar, Riego renuncia á llevar adelante su tentativa, suelta á su prisionero y toma la resolución de lanzarse á Sierra Morena, no para quedarse en ella, sino para trasladarse á Cataluña y llevar á Mina los 2.500 hombres que quedaban á sus órdenes.

El 12 de septiembre, este general entró en Jaén, donde fué recibido con repique de campanas y entusiastas aclamaciones, y, el 13, fué empujado hacia los acantonamientos de Ballesteros por el general Bonnemains, que le alcanzó hacia Mancha Real, en una línea de alturas en que los constitucionales habían tomado posiciones. Comenzado por varias descargas de artillería, y continuado por la caballería francesa, cuyas cargas fueron sostenidas todas con gran valor, el ataque del general Bonnemains no había hecho perder todavía una pulgada de terreno á Riego, cuando intervino la infantería invasora marchando en columna cerrada; aborados por ella, los españoles se defendieron con el mayor tesón; arrojados de una posición, se rehacían á pocos pasos de distancia, seguían luchando y no se retiraban sino para disputar una posición nueva. Eran las once de la noche cuando Riego, perseguido siempre y siempre batiéndose, pudo al fin detenerse detrás de Mancha Real, que fué ocupado por las tropas francesas.

La batalla había durado catorce horas, resultando cerca de 500 bajas para los españoles, entre muertos, heridos y prisioneros. A pesar de las pérdidas de aquella jornada y las que antes le habían causado las privaciones, las fatigas y la desertión, Riego, con su columna mermada en cerca de la mitad, tomó, al día siguiente, la ruta de Jodar, centro de uno de los acantonamientos de Ballesteros, con la esperanza de reclutar allí algunos soldados. Pero este movimiento había sido previsto: el general Foissac-Latour avanzaba hacia Jodar por Baeza y Úbeda con un regimiento de dragones y cinco compañías del 8.º de la guardia, mientras el coronel D'Argout llegaba allí en dirección opuesta con otras tres compañías del mismo regimiento de la guardia y tres escuadrones de dragones. El coronel sorprendió á Riego en el momento mismo en que se detenía para dar un poco de descanso á su tropa; á la vista de los soldados franceses, la columna constitucional se forma en cuadro; los dragones cargan contra ella, extenuados por una larga marcha y por las fatigas de los días anteriores;

los soldados españoles no pueden resistir el ataque, son dispersados y arrastran en su huida al resto de la columna. Riego, herido en esta acción y siendo el último que permanece en el campo de batalla, trata en vano de reunir algunos soldados; todos se niegan á continuar la lucha y le dejan alejarse hacia Sierra Morena, sin más escolta que tres oficiales que quieren correr su suerte. Hacía entonces un mes que había salido de Cádiz. En la noche de aquella jornada, se detuvo, medio muerto de fatiga y de hambre, en una casa de campo aislada, próxima á La Carolina. Reconocido por un criado y denunciado á las autoridades del pueblo más próximo, fué preso durante la noche por una numerosa partida de paisanos armados. El general Foissac-Latour, cuya caballería recorría el país en busca de Riego, le reclamó como prisionero suyo y le puso bajo la custodia de uno de los destacamentos empleados en perseguirlo. Las autoridades españolas protestaron y llevaron sus quejas al cuartel general del Puerto de Santa María. Jefe de una columna de tropas regulares que acababan de luchar únicamente contra franceses; detenido á

consecuencia de un encuentro en que no habían combatido más que soldados del ejército de invasión, Riego pertenecía evidentemente á los franceses como prisionero; el derecho riguroso de la guerra, á falta de generosidad, exigía, pues, que permaneciese en poder de la tropa que acababa de dispersar las fuerzas de su mando y cuya persecución había determinado su captura. La razón política prevaleció por desgracia; el generalísimo sacrificó á Riego á pasiones que iban siendo amenazadoras para la seguridad del ejército francés, y ordenó que entregasen el prisionero á las autoridades españolas.

Riego acababa de sucumbir á una expedición parecida á la que había emprendido en 1820. Pero el movimiento que, tres años antes, le valiera renombre y gloria, ocasionaba ahora su perdición. Mientras el joven é infortunado general era conducido á Madrid para expiar allí en un espantoso suplicio su amor á la independencia y á la libertad de su país, el sobrino de Luis XVIII continuaba activamente el sitio de Cádiz.